

COMUNICACIONES Y CONFERENCIAS IX

**PEDRO ALCALÁ-ZAMORA:
SOBRE PRIEGO Y PRIEGUENSES**



Enrique Alcalá Ortiz

1. CARTA ABIERTA

A Martín Alcalá-Zamora

Por **Pedro ALCALÁ-ZAMORA ESTREMER**

Antes de decidirme a tomar la pluma para escribir estas líneas, he vacilado. La identidad de nuestros apellidos denuncia vínculos de sangre y de la forma y del fondo de esta carta se deduce que nos unen, además, sólidos lazos de fraternal afecto. No se me oculta, por lo tanto, que alguien de intención torcida que acaso ardiera en un candil –y Dios sabe si en el mundo hay gente de pensar bizco- puede hacerse la ilusión de que ver brotar, entre renglones, el humo que lanza el turíbulo de familia; pero sería donoso lance que yo, que diariamente escribo de los demás, no pudiese hablar de ti, sólo porque llevamos el mismo apellido.

Si hay imbéciles y malvados, existen, por fortuna, en mayor número, hombres de recto y honrado juicio, que me darán la votación ganada al arrojar sus sufragios en la balanza de la opinión pública. Requiero, pues, la pluma; censúreme quien a bien lo tenga; caiga sobre mí la responsabilidad de mi prosa, puesto que a solas con mis cuartillas la he concebido, y hazme blanco de tu enojo, si no te gusta –que no te gustará- que te saque los trapos al sol. Yo, entre tanto, acallo mis escrúpulos y entro en materia.

Tuve la satisfacción de ver el júbilo de la ciudad de Lucena la noche de la inauguración de la luz eléctrica y no ha muchos días leí en *El Lucentino* el párrafo siguiente: “Para ser justo, hay que reconocer –dice- que el pueblo de Lucena aún no ha sabido darse cuenta de las ventajas que le trae el fausto suceso que se celebró en la tarde y noche del 2 de los corrientes; y decimos que no se ha formado cabal idea de la gran conquista que ha realizado, porque las manifestaciones que el vecindario ofrecía, si eran de satisfacción, no llegaban al límite del entusiasmo, que es el corresponde a innovación tan anhelada.”

Es decir: que las demostraciones de gozo que yo presencié le parecen insuficientes al estimado colega, en relación con las ventajas que tu obra procura a la ciudad. Mas como no soy el llamado a discutir la razón que tiene o deja de tener *El Lucentino*, en lo tocante a este punto, limítome a consignar su juicio, y paso a ocuparme en mis propias impresiones, por si de ellas resultase alguna enseñanza útil, que sacara a esta carta de los límites de una expansión cariñosa y poco apropiada, por ende, para darla a los vientos de la publicidad.

La asiduidad y la perseverancia en el trabajo, cuando llevan por brújula una inteligencia clara y por apoyo una voluntad firme, logran que el éxito corone las empresas y apartan los obstáculos que surgen en el camino o los rompen si no se desvían al primer empuje de su fuerza avasalladora. Pero la humanidad, como todo en el mundo, tiene al par que el anverso de las grandezas el reverso de las ruindades, y éstas, como el reptil, incapaces de erguirse, se arrastran tratando de morder los pies, cuyo paso intentan atajar. La idea nueva que resplandece tiene enemigos, que lo son de cuanto no crearon ellos; la personalidad que se levanta proyecta sombra, y la sombra de una personalidad es

absolutamente intolerable para los que entre las sombras se agitan porque sus pobres cerebros se fundirían al calor de los rayos solares.

En este ambiente desdichado, que es el que suele envolver a los hombres de acción, se ha desarrollado la idea de dotar a Lucena de alumbrado eléctrico; y a las grandes dificultades que la empresa ofrecía, se han unido obstáculos de otro orden, creados por el reverso humano de que hablo más arriba: pero tú, firme en el propósito y de antemano convencido del éxito, como Galileo del movimiento de la Tierra, no te has dejado abatir por las contrariedades, y murmurando como aquel: *eppur si muove*, has proseguido tu camino, con la mirada fija en el horizonte, arrastrando impávido el escozor de las mordeduras y las furias del temporal.

Para contrarrestar a unas y a otras, Dios ha puesto cerca de ti manos que te presten apoyo, pechos generosos que alienten tu fe, aunque en honor de la verdad, aquélla no ha vacilado un instante. Y si mucho has sufrido, mucha también es la satisfacción que debes sentir —en la cual tomo mi parte— al ver cómo la laboriosidad y la perseverancia, puestas al servicio de la inteligencia, dan cima a las empresas más arriesgadas, y cómo empleando las energías en el bien común se puede obtener el propio bien.

Achaque es de la humanidad, y por descontado tan antiguo como ella, formar el vacío en torno de las iniciativas beneficiosas, ya sean estas colosales, como la del inmortal Ligurio, ora se limiten al establecimiento de una industria; la ley del progreso, haciendo adelantar a pasos mucho más cortos que los que la generalidad le atribuye el decantado carro de la civilización, va debilitando en unos países este síntoma de atavismo y aniquilándose otros.

Los pueblos del norte con sus brumas, su sol tan pálido, que se parece a nuestra luna, y sus campos, menos ricos que los meridionales en perfumes y colores, piensan más y con mayor sosiego y entienden con facilidad las ventajas del progreso, que es algo así como la música de Wagner, que nosotros tardamos en comprenderla. Cuando vamos a oír misa, abrimos el corazón para que a él lleguen dulces, conmovedores, impregnados de la inefable voluptuosidad del sentimiento los raudales melódicos de Bellini, o para que sacudan nuestras fibras las alegres y brillantes notas de Chueca. Bajo un cielo siempre azul y un sol de fuego, habituada la vista a la deslumbradora riqueza de matices de nuestros campos y acostumbrados los pulmones a respirar los perfumes de nuestra flora, sentimos, pensamos; porque el pensamiento obedece a la impresión y tiene mucho de fantasía. Este ropaje poético es el que en nuestro país retrasa de manera tan lamentable la implantación y desenvolvimiento de los modernos adelantos en todos los órdenes, desde el agrícola al político; y digo ropaje, porque si desgarramos las gasas que lo componen, hallaremos la amalgama de miserias que determina la anemia nacional. Por eso es digno de loa todo el que se atreve a hacer un pinito sustrayéndose a la influencia del clima...

Pero volvamos *en sí*, que dijo el otro.

En una carta de Lucena, suscrita por el corresponsal de *El Liberal*, don Juan Otero, he leído la reseña del último acto de la inauguración de la luz eléctrica y lamento no haber asistido a él, aunque difícilmente hubiera hallado puesto, a no ser por mi cualidad de periodista.

Grata fue para mí, como ya he dicho, la impresión del primer acto: el voltear de las campanas, el alegre estallar de los cohetes, el rumor de la muchedumbre que se apiñaba a las puertas de la fábrica, el silencio que reinaba en el

gran salón de máquinas, sólo interrumpido por las preces de los sacerdotes; los acordes de la Marcha Real, cuando, terminada la bendición, la luz se hizo; los vítores y aplausos resonaron entonces..., todo vive aún y permanecerá por largo tiempo grabado en mi corazón y en mi memoria con la fuerza que se graban las emociones fuertes y los espectáculos hermosos. Mas como también mi alma es capaz de sentir las impresiones dulces por mi cerebro cruzan a veces ideas sociológicas, que tienen por base la paz, el humanitarismo y la armonía entre las clases, hubiérame sido verte en el salón mencionado, presidiendo la mesa, en torno de la cual se sentaron todos, chicos y grandes, los obreros de tu fábrica. Todos sois ruedas necesarias para la marcha de ese complicado mecanismo; todos, cada uno moviéndose en su centro, habéis cooperado en la labor, y justo era que reunidos celebrarais el triunfo; ellos, los miembros que ejecutaron, presididos por ti, el alma que inspiró la obra. Porque cuerpo y alma sois tus obreros y tú, y juntos os halláis muy bien, como demuestra el siguiente párrafo, que transcribo de la citada carta:

“Al aludir a las vivísimas cuanto espontáneas y cariñosas manifestaciones de que había sido objeto por todo el personal de la fábrica, el señor Alcalá-Zamora suplicó a todos le perdonasen si en cualquier momento de pasajera ofuscación había molestado a alguno de los presentes; nobles manifestaciones que provocaron ruidosas protestas de adhesión y sincero cariño, y por el rostro de algunos obreros resbalaron algunas lágrimas.

Quien sabe arrancar tales lágrimas dulcísimas, sabrá también enjugar otras amargas. No basta en la vida que el cerebro piense; es necesario, además, que el corazón sienta y que le inteligencia se ponga al servicio de aquél, cuando de aliviar males se trate. Así debe entenderlo el operario que, a la hora de los brindis, para concluir una composición alusiva a la lucha del proletariado, colocó la siguiente redondilla:

*“Más tendría pronto fin
combate tan tremebundo,
si en cada taller del mundo
tuvieran un don Martín.”*

Prosigue por la senda que has emprendido; conserva, como valioso premio, los versos de ese modesto obrero, mil veces más hermosos en su ingenuo desaliño que las filigranas de rutilante oda, esculpida a cincel, en que el arte y el ingenio suelen ahogar la espontaneidad del sentimiento, y perdona que sin pedirte la venia (seguramente me la habrías negado) te dedique estas líneas para expresar en ellas, con mi franqueza acostumbrada, la viva satisfacción que me ha producido ver concluida tu empresa y la impresión gratísima que ha despertado en mi corazón el banquete ofrecido a tus operarios.

(“Diario de Córdoba”, número 14362, 22 de febrero de 1899).

2. UN RATO DE CHARLA

Para **Mariano M. Alguacil y Ricardo de Montis**

Por **Pedro ALCALÁ-ZAMORA ESTREMER**

Ocho días justos se cumplen hoy de mi salida de Córdoba.
¡Vaya una salida! –diréis, mis queridísimos compañeros.
¡Yo también veraneo!

Y francamente, estoy como chiquillo pobre con zapatos nuevos, aunque en realidad casi no uso más calzado que las zapatillas.

Cuando, después de estrecharos sobre mi corazón –lo mismo que si en competencia con S.A.R. el Duque de los Abruzzos partiera para un viaje al Polo- me dirigí a la estación central, mi alborozo era inmenso; pero lo amargaba la idea de vivir por espacio de unos días lejos de mi Córdoba, que es una necesidad de mi existencia, ni más ni menos que el oxígeno.

El caso no era para otra cosa, cuando se ha reflexionado acerca de la importancia que da al ciudadano una expedición veraniega.

Con mi equipaje bajo el brazo (un puñado de cuartillas, los *Cantos de sin eco*, de Anaya, y las *Obras literarias*, de Redel, libros que pienso leer durante mi veraneo) me reía para adentro, como sir Jorge, contemplando los *mundos* en torno mío y los mozos sudando el quilo para transportar de un furgón a otro aquellos almacenes de trapos.

-*Tourista* pero práctico- murmuraba yo- aludiendo a los dueños de los equipajes.

En fin, ya estoy aquí.

No puedo cantar las delicias del campo, porque al cordobés no le sorprende, y porque esto como resulta bien es en verso y no tengo la facundia métrica, rítmica o como sea, de Ricardo, ni siquiera el bosque virgen de hirsutos pinos que él lleva por cabellera, cosa que debe facilitar mucho la metrificación; pero si le envidio esto, Ricardo, en cambio, me envidiará la dicha de poder cantar en prosa, *por personal conocimiento*, los gratos efectos de la dulce vagancia.

¡Qué hermoso es dejar que las ideas corran, tendido sobre *la verde enjalma*, que dijo Blasco, a la sombra de copudo nogal!

¡Ni originales que leer, ni regente que pida líneas, ni visitas que amenicen el trabajo de redacción!

Por las noches, cuando sentado en el oscuro Paseo, en la oscura Fuente del Rey o en cualquiera otra oscuridad (1) me dedico a tomar el fresco, recuerdo a mi olímpico amigo Mariano, sudando bajo la luz de gas, y siento el deseo de un rato de charla, prosecución de aquel que interrumpió a dejarme sentado en un banco del Gran Capitán en su último palique...

Goza, vosotros, de las amenas *soirées* del Teatro-circo; contemplando a la bella Ascensión Miralles, adorada por morenos y rubios; reíd a mandíbula batiente cada vez que el simpático Casimiro haga *una de las suyas*; disfrutad escuchando los melodiosos y dulces gorgoritos de la Grúa: yo, entre tanto, viviré en la holganza, recitando a menudo el famoso soneto de Bretón, y pasando

la existencia entre bocado y ronquido, como cualquier animal doméstico que tiene conciencia de la dignidad de su ocio.

Esto me sugiere una idea, que no la expongo ahora porque no quiero hacer demasiado largo este ratito de charla, en consideración a los lectores del *DIARIO*; pero acaso otro día, si Pereza me lo permite, discurriré acerca de la dulce Ociosidad, cuando esclaviza al escritor. ¡Cómo despierta las ideas! Y, ¡qué cómodo resultaría un aparato que fuera grabándolas o estampándolas, gráficamente, a medida que se conciben!

¡Ah! Os ruego que no le contéis a nadie que me he vuelto perezoso, tan pronto como me he encontrado ocioso por primera vez. Acaso la ociosidad no ha engendrado a la pereza y ésta es producto del estado del espíritu... Sueño, sueño, y en mis ensueños, surge, hija acaso de la poesía, que siento, aunque no la versifico, una figura de mujer, joven y bella, alta, esbelta, de rubia cabellera y rasgados ojos, cuyos fulgores me estremecen...

¿Será la musa? ¿Me iré tornando poeta, ahora, que Ricardo no canta?
Priego, día 4 de julio.

(1) Aquí, en cuanto anochece, todo está oscuro, aunque no huele a queso, incluso la administración municipal. La política de campanario ha descubierto el procedimiento de que no haya un céntimo más que para cosas inútiles.

(“*Diario de Córdoba*”, número 14491, 7 de julio de 1899).

3. AUSENCIAS CAUSAN OLVIDOS

Para **Mariano M. Alguacil y Ricardo de Montis.**

Por **Pedro ALCALÁ-ZAMORA ESTREMER**

Muérete y verás, dijo uno que no se había muerto, pero sabía que contra un *vivir para ver*, está el precitado remedio. Porque es indudable que si después de difunto se pudiera ver, se verían cosas mucho más peregrinas que las que vemos en vida. Y, ¡cuidado que viviendo se ven cosas estupendas!

Incluso las estrellas, hablando en lenguaje figurado, o desfigurado, pues yo creo que hacer que algo sea lo que de por sí no es, equivale a desfigurarlo.

Pero hemos convenido en decir varias frases al revés, para estar de acuerdo con lo absurdo de las leyes humanas, y no debemos lamentarnos.

Dejemos, pues, en paz a los inmortales con sus sabios decretos, que limpian, fijan y dan esplendor y vamos al asunto.

Éste es que mis buenos amigos y excelentes compañeros en la prensa cordobesa, los señores cuyos nombres van al frente de estas líneas, siempre fueron muy corteses conmigo; siempre menos en las presentes circunstancias.

Un mes ha que aguardo, con el ansia que esperamos lo agradable, una carta, que en justa correspondencia a la que le dediqué apenas hubie llegado a esta pintoresca comarca, me trajera los ecos de esa *peña* que forma el epílogo de nuestras noches, y de ese Gran Capitán, donde, durante el verano, pasamos las horas de holganza que los periódicos nos dejan, y a la verdad son muy pocas.

Deleitábame ya viendo entre las iguales líneas, con los ojos de la imaginación, las siluetas de las cordobesas y las flores con que adornan sus negros cabellos, que tan lindamente describe mi amigo Ricardo; creía oír los ecos de las *causseries* de última hora, que con tanto gracejo ameniza mi amigo Mariano, y ¡nada! El primero canta en sonetos, como Petrarca a Elena, y el segundo mantiene ociosa la donosa pluma.

No estamos a la *recíproca*.

Por esto el epígrafe con que encabezo estos renglones viene pintiparado.

Sí, *ausencias causan olvidos*.

Pero mi veraneo toca a su fin, que todo tiene límites en la tierra, hasta la holganza veraniega; y a mi regreso tomaré venganza de vuestro criminal silencio.

Goza, por las noches, de las delicias del paseo, admirando los ojos, la elegancia, los encantadores palmitos de nuestras paisanas; esparcid el ánimo oyendo a mi amigo Pepe Lacarra subrayar las picarescas seguidillas del contramaestre, en *Mariana*, y aplaudiendo a su simpática hija, que se ha hecho una buena artista, en poco tiempo; yo, mientras, desde las gradas del trono de la dulce Pereza, cuyo leal servidor soy, es dedicaré un recuerdo amistoso, y entre bostezo y bostezo fraguaré un maquiavélico plan de venganza.

Priego, día 12 de agosto.

(*"Diario de Córdoba"*, número 14530, 17 de agosto de 1899).

4. DE CÓRDOBA A PRIEGO

(En colaboración). Para **Pedro A. Zamora**.

Por **Ricardo de MONTIS**

Con refranes a lo Sancho, nos dispara el buen don Pedro, desde su retiro de Priego, una carta muy sabrosa y verdaderamente rica en frases encomiásticas.

Mas como todas las rosas
tienen ocultas espinas
envueltas en los elogios
hay frases que mortifican.
(La comparación no es nueva,
pero resulta *bellísima*.)

Para estar a la recíproca, para que el estimado compañero, el escritor distinguido, que veranea junto a la orilla de la famosa fuente de Priego, no se *pique* por nuestro prolongado silencio, enristramos la pluma y rendimos debido culto a la cortesía.

Y si no lo conseguimos
ahí va la presente carta,
escrita en verso y en prosa;
dispensad sus muchas faltas.

Querido Perico: hemos leído los epistolarios párrafos de la carta que has tenido a bien dedicarnos en uno de los escasos ratos que Pereza te abandona, y hecho cargo de las alusiones, nos proponemos, con la ayuda de Dios y del mechero Atter, dar cumplida satisfacción a tus justísimos deseos.

Y si no lo conseguimos
no será por culpa nuestra,
sino del calor, que agosta
y destruye ideas.

No son estos pobres mortales de los que abandonan el recuerdo de los amigos cuando los pierden de vista.

La amistad para nosotros
flor es que brota del alma
y no existen huracanes
que logren arrebatarla.
(¿Qué tal estos cuatro versos?
Nos dan de aplaudirnos de ganas.)

Al contrario; lamentan tu ausencia y piden al Cielo tu pronta reaparición.

Sí, reaparece vestido
con las galas del verano,
con el sombrero de paja,
con la blusa y los bombachos,
restos del globo en que hacías
tus ascensiones antaño,
a fin de que nuevamente
tomarte el pelo podamos.

Por nuestra parte, *ausencias no causan olvido*.

*“No es verdad que con la ausencia
del amor se extingue el culto;
si en el alma vive oculto
con la ausencia crece más...”*

(Conste que estos versos no los publicamos como nuestros.)

Te aseguramos con toda la formalidad de Enrique Redel que hemos estado diferentes veces pluma en mano para contestar aquella ocurrente misiva.

Pero, chico (esto no va por Juan Ocaña), ¿con una temperatura de 50 grados hay cristiano que conteste otras cartas que las indispensables, “ú” sean las que tienen relación inmediata con las cosas del oficio?

Que lo diga Juan Ocaña
en ingeniosa poesía,
si no se ahogó todavía
en el vaso en que se baña.

Que lo diga Julio Pellicer, que se acuesta a las tres y se levanta a las tres y cuarto. Mucha fuerza de voluntad; eso sí, pero un calor asfixiante, insufrible a veces:

“El calor que hace esta noche
es una barbaridad”.
Esto es lo que a todas horas
repetimos sin cesar.

-¿Cuándo vamos a contestar a Perico?

-Esta noche, después del trabajo diario.

Y con efecto. Cogíamos animosos unas cincuenta cuartillas de papel blanco, mojábamos la pluma y empezábamos a sudar.

Y dejábamos la pluma

y como ya supondrá nos íbamos..., a paseo esto es, al Gran Capitán.

El calor derrota las ideas; de la epidermis brotaban manantiales de sudor copioso y de cada uno de los cinco pelos –cuenta exacta- que restan en el coronamiento del edificio de nuestro íntimo *Calvo Rubio* deslizábanse *armoniosas, con tonos suaves y con toda la poesía* de las canales en tiempos de lluvia, repetidas gotas de agua, de tan grueso tamaño que el propio *Cirilo* las veía fácilmente desde su pupitre sin acudir al auxilio óptico.

Esto sí que es poesía
y todo lo demás es tontería.

-¿Cómo anda el melón? –Mal.
-¿Y esas calabazas? –Hueca,
Pues, a la calle.

Y la epístola a Perico
se quedaba en el tintero.
¿Pobre chico!

Las cuartillas, con chorros de sudor, se quedaban sobre la mesa; las ideas no salían a pesar de nuestros esfuerzos y de alguna que otra colilla que como recurso chupábamos, por si con el humo se despejaba la incógnita.

-¿Crees, ¡oh Perico!, que con esta temperatura se puede trabajar?

Debes suponer que no
tú que la vida te pasas
en invierno y en estío
entregado a dulce holganza
y en primavera y otoño
muy raras veces trabajas.

Depón tu enojo, enjuga las lágrimas que Tristeza haya producido en tu Ánima y no te mueras, *per Dio*, porque habrían de causarnos horrible amargura.

Abandona a *tío Pepe*; deja a Priego, pueblo en que viste la luz primera; vente a Córdoba a proseguir tus labores, a frecuentar tus amistades, pero déjate aquel famoso sombrerito negro, compañero de tus viajes, o por lo menos tráete el arpa.

Aquel célebre instrumento
con que alternaste en Italia
con príncipes y marqueses
tocando en calles y plazas
según las crónicas cuentan
de las épocas pasadas.

No prolongues tu ausencia; prepara la maleta y dirígete a Córdoba, en donde te esperan buenos amigos para pasear en la calle del Gran Capitán.

En este lugar espléndido, después de parodiar en el Café Suizo la zarzuela *Agua, azucarillos y aguardiente*, admirarán con toda la detención posible los *perfiles, curvas y rectas* de innumerables mujeres hermosas y sobre todo de aquella rubia, con talle de gentil palmera, con que sueles soñar despierto.

(*Diario de Córdoba*, número 14533, 20 de agosto de 1899).

5. SEMANA SANTA

Por *Pedro ALCALÁ-ZAMORA ESTREMER*

Cuando a la memoria acuden hechos agradables o de triste recordación que ayer impresionaron a nuestra alma, se nos ofrece con mayor relieve y más vivo colorido del que tuvieron en la realidad; pero si los sucesos de antaño ocurrieron en la época feliz, en el tiempo dichoso en que el ángel tutelar de la infancia tapizaba de flores nuestro camino, las espinas ocultas entre las rosas apenas nos traspasaban la epidermis y el bálsamo de la inocencia cicatrizaba al punto las heridas, al influjo del recuerdo nos invade un dulce bienestar impregnado de melancólicas nostalgias.

¿Quién, que haya visto la luz primera bajo el purísimo cielo de Andalucía, no siente surgir en su cerebro y repercutido en el corazón vaga o distinta la remembranza de sus años primeros, evocada, como por mágico conjuro, por las dos palabras que sirven de epígrafe a estas líneas? ¡Semana Santa! El vestido de gala, que la coquetería infantil, inconsciente pecado del que es irresponsable el pecador, nos hacía mirarlo con amorosos ojos; los Oficios divinos que por la imponente solemnidad y el lujo del culto nos impresionaban hondamente, despertando las primeras rudimentarias ideas acerca de la grandeza de nuestra sacrosanta Religión; las procesiones con sus soberbias imágenes y sus numerosas luces, desfilando lentas ante apiñada muchedumbre que, silenciosa, fervorosa, con el recogimiento propio de nuestro pueblo, acrecentaba la magnificencia del acto, lanzándonos a una especie de arrobamiento, mezcla de asombro y de éxtasis... Y flotando en esta sucesión de impresiones, como flotan las moléculas doradas por alegre rayo del sol; haciendo vibrar las más delicadas fibras del corazón con vibraciones de onda luminosa que en sí lleva calor y vida, con vibraciones de onda sonora que arrastran envuelta en perfumadas auras melodías beethovianas el recuerdo de la madre amorosa que nos conducía al templo a orar, nos explicaba los Santos Evangelios y quedo, muy quedo, para no turbar la majestad del lugar sagrado, deslizaba en nuestro oído indicaciones encaminadas a agitar en el alma de niño el sentimiento religioso, a encender la antorcha de la Fe, que había de iluminar el áspero sendero de la existencia, para hacer firme nuestro paso, desembarazando el camino de los peligrosos guijarros y de las horribles tinieblas de la duda.

Mezcla de divino y de humano, como de hombre, al fin, que tiene cuerpo y alma, el sentimiento nos conmueve con intensidad grande a impulso del recuerdo de ese ayer lejano ¡ay!, que ya forma parte de lo que fue, de lo que va a Dios, a la eternidad de donde saliera; que vive sólo en nuestro espíritu y difícilmente se exterioriza, porque es inefable.

Mas pasando a través del tiempo, sometidos a las numerosas pruebas que han sufrido en el laboratorio de la inteligencia la idea sembrada antaño y el sentimiento que a su sombra floreciera, la primera ha echado hondas raíces, tan hondas, que no hay huracán cuyo poder alcance a desarraigarla; se ha elevado el segundo: creciendo en vigor y acrisolándose, se ha hecho mucho más dulce, porque está saturado de las melancólicas nostalgias con que lo ha sazonado la madurez.

¡Desventurado hombre cuyo corazón secó el cierzo invernal; desdichado

el que no supo resguardar de las tormentas de la vida las ideas sembradas con prolijos cuidados por el amor materno! Anestesiado su espíritu por el frío del olvido por el horrible de la indiferencia, será insensible a los goces más dulcemente hermosos, y únicamente experimentará las neuróticas sacudidas que le procure el batallar humano: sufrimiento sin dicha; placer sin ventura; infierno anticipado.

(“Diario de Córdoba”, número 15811, 7 de abril de 1903).

6. CHÁCHARA VERANIEGA

A D. Carlos Valverde en Málaga o donde se halle.

Saliste de Priego, huyendo del calor, y te marchaste a Málaga, donde probablemente disfrutarás de la *temperatura del frito*.

Hiciste mal.

Para buscar fresco debiste encaminarte a *Montefrío* o a *Frescano*, pueblos casi frigoríficos.

Reconozco, empero, que la vecindad de mar te hará más tolerables los calorosos días *augustales*; llamémoslos así en memoria del romano Augustus, con riesgo de que se indigne tu casticismo.

Convengo, también, en que hallarás más *fresco* esparcimiento entre-gándote al *refrescante* ejercicio, deporte o como te plazca decir, de la natación en las glaucas ondas del Mediterráneo, que en las tibias, *si que también*, escasas, aguas del *Salado*.

¡El Salado! ¡Qué gratas remembranzas evoca este nombre, de tiempos que pasaron para no volver, como pasan todos, por supuesto, pues no hay noticia de que ningunos, desde la Creación acá, desanduvieran lo andado.

¡Cuántos recuerdos trae a mi memoria de sucesos que no han de repetirse, y que si se repitieran no me parecerían lo mismo que entonces, despojados ya de encanto que les prestaran ojos infantiles y juicios de niño!

Todo es según el color del cristal con que se mira.

Aún no he olvidado los baños del *Loro*, situados al pie de la rojiza vertiente de la *Fuente María*. El agua, calentada por los ardientes rayos de un sol de justicia o de verano andaluz, capaces de fundir las piedras, apenas se renovaba gracias a la penuria y parsimonia de la corriente. Su profundidad no pasaba de un metro, y sin embargo, mi estatura no me permitía hacer pie, circunstancia que a menudo me exponía a los *ahogadillos* con que, en broma, recompensaba mis travesuras el bueno del P. Zurita, del cual me defendía, cuando lograba acudir a tiempo, el excelente don José Torres, capellán de las Angustias.

¡Cómo gozaba yo con aquellas batallas *fluviales*, y cuánto agradecía la protección que dispensaba el bondadoso don José, en cuyo pecho derramé más de una lágrima!

Todavía no se han borrado de mi mente las correrías por alamedas y cañaverales y las excursiones cerro arriba, que me procuraban un baño de sudor, algunos coscorriones y no pocos cardenales en el cuerpo ni escasas averías en la indumentaria...

Recordando aquella época con los mil detalles que forman su urdimbre, esmaltándola bellamente, minucias, nonadas en sí, mas para mí deliciosas, invade mi alma dulce melancolía, ¡lástima grande es que los sucesos me recuerden muchos nombres de personas queridas, unos, indiferentes, otros, la mayoría de los cuales ya no figuran en la lista de los vivos!

Mutatis mutandem, lo pasado viene a terminar prosaicamente en el hoy que se impone con su desconsoladora realidad; es una película cinematográfica que acaba mal; un preludio de Bach que concluye en tango flamenco.

Dejemos, pues, que el ayer yazca sumido en su eterno sueño de armónica poesía, y aceptemos el hoy de la película trepidante o del *marcado* tanto con la mayor *frescura* posible; que es la manera más práctica de tomar las co-

sas en verano.

Y en invierno también, porque tomarlas a pecho es agarrarse la existencia, de suyo poco *azucarada*.

Aunque es sabido que

...a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

El presente, mezclado con una prudente dosis de filosofía barata, puede hacerse muy tolerable, como el verano en sitio fresco.

El verano es la estación de la alegría: Muéstrase el cielo sin nubes que pisen su serena hermosura, y si alguna aparece es para embellecerlo; verdes los campos, tranquilo el mar, animadas las calles, tan pronto como el sol declina.

Las aceras de los cafés se pueblan de veladores, en torno de los cuales fórmanse agradables tertulias, y los paseos de gente que busca aire fresco. Desaparecen los oscuros, molestos y antiestéticos abrigos, y los substituyen ropas ligeras, que con sus tonos claros salpican de vistosas notas policromas la muchedumbre y realzan los encantos femeniles.

Calor es vida. En el estío, la sangre adquiere nuevas energías, actívase el cerebro, el corazón se torna más impresionable y las bellas imágenes que hieren la retina hacen más intenso que en invierno el placer de vivir.

Acuden los bañistas a las playas. Verdad es que la mayoría, casi la totalidad, no tienen más fe en la hidroterapia que en las virtudes taumatúrgicas de la cuerda de ahorcado, ni buscan en la *onda pérfida* la mejoría de su salud, que suele ser inmejorable; pero los baños sirven para mil cosa ajenas a la terapéutica e infinitamente más agradables.

Ante todo, sirven para emplear horas que, sin el balneario, serían muy aburridas.

Sirven también para exhibir vaporosas y elegantes *toilettes* de batis-ta, *foulard* o *zephir*.

Para charlar un rato con amigos y amigas, son insustituibles.

Y sobre todo, para rendir culto a la galantería, porque el verano es por excelencia la estación consagrada al *flirt*.

¡Cuántas niñas casaderas van al mar con la esperanza de pescar el marido soñado o cuando menos un novio con vistas a la Vicaría!

¡Cuántos zánganos se afanan tendiendo redes para enredar una dote!

¡Cuántos amores, más o menos lícitos y auténticos, a veces creídos por los propios *parientes*, y mentidos otras, se han incubado en las playas veraniegas!

La eterna comedia del amor, drama en ocasiones y tragedia de cuando en cuando, tiene en estío más adecuado escenario que en invierno y medio más propicio para desarrollarse.

Pronto comenzará la mutación escénica. Las brisas otoñales despojarán de sus hojas a los árboles y barrerán de las playas a los bañistas. La modesta clase media que veraneo a costa de penosos sacrificios, volverá a sus lares y a la lucha cotidiana con la temperatura fría, enemiga declarada de la poesía bucólica, de la bucólica poco nutritiva y de las "*toilettes*" económicas.

Muchas doncellas que encomendaban a los afeites la absurda y marmó-

rea blanca que ostentaban en enero, en octubre lucirán orgullosas la tez, naturalmente morena, tostada por los aires marinos, como diciendo: *Admírame, vulgo; he veraneado*.

Sin perjuicio de celebrar la fiesta de los Santos embadurnándose de nuevo el rostro como un payaso.

Soy partidario del verano, aún en los días en que la columna termométrica sube tanto, que obliga al simpático Juan Ocaña a requerir el *terrible mosquito* y a dispararlo contra el *rubicundo Febo* con su donaire habitual. Gozo *todavía* acudiendo al balneario a departir agradablemente sobre los mil asuntos estivales y a ejercitar mis aptitudes natatorias... que los años van depauperando, y con ver cómo disfrutan la chiquillería y la gente moza, pues, dicho sea de paso, rodeado de *sesudos homes* y entre personas sistemáticamente serias y acompasadas, de las que menosprecian las menudencias de la vida porque las juzgan indignas de su alta atención, me aburro soberanamente.

Un día de sol anima y vivifica; uno nublado, entristece.

El verano se acaba; apuramos con fruición *la colilla*.

Mahón, 21 agosto.

(*Diario de Córdoba*, número 17007, 26 de agosto de 1906).

7. CHÁCHARA CASI LEXICOGRÁFICA

A D. Carlos Valverde

Por **Pedro ALCALÁ-ZAMORA ESTREMER**

Sé, amigo Carlos, que no somos tú y yo los llamados a reformar el lenguaje echándole tapas y medias suelas. Esta delicada y trascendental misión está encomendada a doctos varones de reconocida competencia y lejos de mi ánimo la idea de meterme en vedado.

Más cierto francés que se afana en aprender nuestra hermosa habla y me ha tomando por viviente y cómodo libro de consulta, háceme tantas, tales y tan divertidas preguntas y observaciones, que no puedo resistir a la tentación de trasladarte algunas, no para que les des cumplida respuesta o explicación, sino para que su lectura te sirva de pasatiempo.

Ahí va un puñado. Los aumentativos le vuelven loco.

La terminación en *on* y en *azo*, le trae a mal traer y discurrendo acerca de ellas se hace un lío.

-¿Qué significa *bastonazo*, *palmetazo* y *portazo*? – me pregunta.

-El golpe que se da con un bastón, una palmeta y una puerta, respectivamente; -le respondo.

-Entonces, *gigantazo* será el golpe que se da con un gigante.

-No, señor; es un gigante grande.

-¿Pero hay gigantes chicos?

-En España los tenemos de tres clases.

Diálogos de este tenor son muy frecuentes, pues mi gabacho es terco como un bretón y de duras entendederas.

Protesta indignado de que *pelón* no sea aumentativo de pelo y *rabón* de rabo, como a primera vista parece; califica la antífrasis de odiosa y en vano le digo que tenemos los adjetivos *pelazo*, *peludo*, *rabudo* y *rabilargo*.

-No comprende; -exclama, echando mano de este verbo que traduce exactamente al *nuire* de su lengua.

La preposición inseparable *des* indica negación o inversión de significado del simple, como se ve en *des componer*, *des hacer*, y sin embargo, no está *despavorido* el hombre que ha quitado el pavo, sino el que lleva en el cuerpo un susto de padre y muy señor mío.

Ni *des-lenguado* es el que carece de lengua, sino el que la emplea desvergonzadamente.

Aunque *des-lenguar* a uno sea cortar la sin hueso.

Y claro es que al que deslenguan lo truecan en deslenguado, si bien queda en la imposibilidad de proferir malos dichos.

Y buenos también.

Con la partícula *re* ocurre lo propio: denota reiteración, según aparece en los verbos *re caer*, *re-elegir*.

De donde se deduce que *re petición* es insistir lo que se pide y *requebrar* a una mujer viene a ser quebrarla con ensañamiento o volver a darla el *quiebro*. Como lo es que un viejo quiera *remozarse*, y lo mismo un mozo.

El primero sólo podrá aspirar a *rejuvenecerse*, y en cuanto al segundo, no hay procedimiento conocido por lo que un mozo pueda serlo dos veces si no

tiene el don de la ubicuidad.

El *hipo-pótamo*, el *hipo-grifo*, el *hipo campo* y otros *hipos* no menos clásicos y respetables, han dado cariz de naturaleza al *caballo* de los griegos en la lengua castellana, convirtiéndose en veneranda raíz equina, de muchos vocablos.

Prescindiendo de que el llamar precisamente *hipo campo* al caballo marino, que ni de vista conoce las campiñas, es notoria injusticia que invade la jurisdicción del *noble bruto* de las cabezas, ¿no es depresivo para un grande hombre llevar dentro un *hipocondrio*, cruel para cualquiera, grande o chico o chico en grande, que su existencia acabe en un *hipo*?

Sin *in audito* es lo nunca oído e *in capaz* lo que carece de capacidad, *in-noble* lo que no es noble, etc, etc, *in-dolente* debe ser el que nada le duele, e *in-secto* lo que está por *seccionar*, (verbo que no existe, pero hace falta) según las lógicas traducciones y deducciones del *aprendedor* que me ha salido para amargar mis días y desbarajustar mi pobre cerebro.

Su *aprensión* es para mí un *batallón* constante que amenaza volverme loco, pues me *des vive* (equivalente en su lenguaje a *me-mata*) a preguntas y observaciones como las apuntadas.

Cuando no tiene cerca me escribe cada *cartón*, que haría la felicidad de un poeta glauco, y a mí me produce vértigos con sus innovaciones analógicas-sintácticas y las aviesas interpretaciones que da a los vocablos.

Afirma que *des oír* es un disparate, porque no hay medio humano de que el sonido se *des suene* y que, en cambio hace muchísima falta la voz *desal-mar*, para indicar que a uno le sacan el alma o está se le sale; puesto que es lícito decir: *me vuelve el alma al cuerpo*.

Y cree, asimismo, que *alma-cenar* es una palabra tan irrespetuosa para el espíritu, por la significación que le atribuimos, como absurdo el juntar el sustantivo y el verbo que lo componen.

-¿Por qué se dice *a pie juntillas*, siendo pie masculino y singular y juntillas plural y femenino? –me pregunta-. Esto es una incongruencia.

Sea- replico- diga V. a pies juntos y proscriba lo otro. Y sobre todo, considere V. que yo no tengo la culpa.

-Ni yo la obligación de creer con los pies juntos o separados.

-Es V. cerrado como pie de mulato.

-Porque me da pie para ello los ciempiés con que tropiezo.

¿Qué opinas, Carlos, amigo, de este regularizador del idioma? Y cuenta que lo más grave viene cuando quiere traducir al francés nuestros modismos y locuciones, pretendiendo que yo se los explique *ab ovo* ¡cómo si fuera lo más sencillo del mundo!

Con lo dicho basta para que te imagines la razón del ameno palique que me proporciona mi curioso y aplicado gabacho, cuyo desquiciamiento gramatical llegará a lo inconcebible, en atención a que ahora me ha engolfado en el estudio -además siguiendo su sistema- de la más enrevesada y adjetivada literatura modernista.

¡Daré gusto oírlo dentro de un par de meses!

(“Diario de Córdoba”, número 17104, 2 de diciembre de 1906).

8. MUJERES POLIZONTES

A don Carlos Valverde

Por **Pedro ALCALÁ-ZAMORA ESTREMER**

En *Le Petit Parisien* encuentro cierta noticia, si no original, porque *nihil novum sum sole* (como decías con el filósofo, amigo Carlos, en tu salada epístola a propósito del modernismo) curiosa al menos, un poco extravagante y un mucho modernista, puesto que se sale de los trazados y trillados carriles de nuestras rancias costumbres.

A pesar de todo, la idea no es americana.

El nuevo mundo nos envía, en punto a rarezas, las más estupendas concepciones y las más flamantes originalidades; pero esta vez el Viejo Continente le *bate el record*.

Y perdona el barbarismo, en gracia a lo modernísimo del asunto; *batir el record* suena mejor, en el caso presente, que *ganar por la mano*, o *hacer raya*, como diríamos en castellano.

La novedad en cuestión ha nacido en la cuna de Carlos V, aunque más bien parece natural de Boston o de Chicago.

El jefe de policía de Gante, adelantándose a sus colegas de Yanquilandia, trabaja activamente en la redacción de un proyecto que someterá al Consejo de dicha ciudad. Este proyecto contiene, entre otras innovaciones, la importante, interesante y digna de elogio de abrir nuevos horizontes al bello sexo, empleando a las mujeres en el servicio policíaco. Añade el periódico que tal idea es la consecuencia del estudio que aquel funcionario ha hecho de las grandes aptitudes con que el Supremo Hacedor le plugo dotar al sexo débil para los servicios burocráticos, y, por lo tanto, espera obtener resultados sorprendentes.

Las feministas flamencas están de enhorabuena. El digno jefe gantés les explana amplia vía, por la que pueden salir, tambor batiente, a hacer ruinoso competencia al otro sexo; y seguramente esta idea, que señala una nueva era en los fastos policíacos, tendrá imitadores, si, como es de presumir, el éxito corona el ensayo.

Mas como nunca llueve a gusto de todos, mala la habrán, en cambio, los Rinconetes flamencos. Tiemblen los modernos Candelas y Cartouches amenazados por los flamantes sabuesos, cuyo olfato, si la general esencia no yerra, es muy superior al de los actuales vigilantes que por acá velan y se consumen en aras de la seguridad pública.

Este servicio exige, amén de otras condiciones personales, astucia y habilidad en el fingimiento, en el arte de engañar; circunstancias que, al decir de las gentes observadores, concurren en la bella mitad del género humano, formando el sistema de defensa de su temible debilidad y constituyendo su fuerza en la lucha. Si a estas dotes agregamos el poder de fascinación que el sexo débil ejerce sobre el fuerte, la sutileza con que penetra en el ajeno sentir y escudriña y analiza, cuando se lo propone, los más recónditos repliegues del corazón y del cerebro, tendremos que reconocer que el Lecocq belga no va descaminado y que las mujeres polizontes resultarán instrumentos policíacos

verdaderamente incomparables.

Verdad es que el proyecto del Comisario innovador señala como edad mínima para las futuras agentes de policía la de cuarenta años y como máxima la de cincuenta. No es menos cierto que en los aledaños del medio siglo, los encantos *mulierbres* no suelen subírseles a la cabeza a los hombres haciendo ventajosamente los oficios de rancio Jerez de buena cepa; las Ninon de Len-clos no se dan con frecuencia ni las dueñas quintañonas son las llamadas a encender el fuego sagrado ante el ara de Venus. Mas como compensación, llevan en su arsenal un arma terrible: la experiencia.

Además, una vez que el sistema se generalice, no será aventurado su-poner que para encontrar reclutas disponibles y establecer la necesaria escuela preparatoria, la edad mínima se rebaje y la juventud animosa se lance a la de-fensa social. Y en este caso puede echarse a temblar la gente maleante; una joven, aunque no posea los encantos de Friné; más aún, precisamente cuando no los posee, siempre encuentra medio de coger en sus redes sencillas codor-nices y hasta expertos gorriones.

Nada: aplaudamos entusiastas al genial proyecto del comisario de Gante y hagamos votos fervientes porque pronto se traduzca en realidad y el ejemplo cunda.

El oficio no está rodeado, que digamos, de un nimbo de poesía; por el contrario, resulta un poco antipático, sobre todo, donde todavía no ha acabado de soltar el pelo calomardiano; y, efectos prácticos aparte, sería una fortuna que la gracia mujeril lo embelleciera con sus sonrisas.

De todos modos y dado por supuesto que los resultados han de ser más eficaces que los de hoy, por la astucia, etc., etc., la gente honrada estará de enhorabuena, y la maleante encontrará formidable enemigo.

Miel sobre hojuelas.

Pero los mismos transgresores de las leyes deben felicitarse.

Ante todo, el tipo del roten, de ese roten que sobrevive a las transforma-ciones bastoniles; el hombre del hongo monumental y fuera de concurso, de los bigotes cerdosos, del mirar hosco, importuno e inconveniente, y del rostro hu-raño e ininteligente, característico en la clase, desaparecerá de los lugares pú-blicos, tornando al primitivo oficio; la hembra, con su cuidada indumentaria, su mirar penetrante, su faz expresiva y su intuición peculiar, ocupará su puesto.

¡Ahí es nada la metamorfosis!

En vez del brusco ¡*eche V. pa adelante!*, de las *morrás* y demás detalles que esmaltan la detención callejera, el *trincado* se encontrará a la sombra casi sin darse cuenta, entre dos sonrisas y manejado por blancas manos.

La *ful* llevará un golpe de muerte... por lo menos hasta que el feminismo dé la absoluta a ese género de bribones, relegándolos a los quehaceres do-mésticos mientras que sus costillas, más o menos interinas o accidentales, les sustituyen en sus tareas latro-pseudo-policíacas.

Pura *Isla de San Balandrán*.

¡Y no digamos nada cuando el prefecto de policía de entonces (es de suponer que se usará una prefectura) lance sus legiones en pos del delincuente fugitivo, al descubrimiento del crimen misterioso!

¡Qué derroche de ingenio, de arte, de sutilezas, de habilidad, de mane-jos para investigar, de seducción para arrancar secretos!

La vieja diplomacia, que en punto a marrullerías dejaba tamañito al más travieso y endiablado Maquiavelo, usó y abusó de las espías femeninas y nom-

bres conserva en sus anales de damas que han realizado inverosímiles prodigios de indagación. Por eso dije al principio que la idea no era completamente original.

Por lo demás, desde el momento en que las oficinas de muchos estados han abierto sus puertas al bello sexo, no hay inconveniente en que los corchetes se conviertan en corchetas, *mutatis mutandem*, con el andar del tiempo. Transformaciones más estupendas se ha verificado, según Darwin, trayendo, digan lo que quieran los panegiristas de esta pobre humanidad, menos ventajas que le que ha de procurar el proyecto *de autos* cuando se realice.

La señora Duffant y la señorita Charnier –muy señora mías, cuyos antecedentes lei hace tiempo en el *Matin* y en este instante no acuden a mi memoria- también han descubierto nuevos horizontes y plausible aplicación a sus aptitudes: ambas se han dedicado a ... ¿cómo escribiré el sustantivo? ¿Cocheras? No. Cocheros de punto.

Cocheros hembras: naturalmente.

El día 20 de febrero inauguraron sus tareas de automedontes, en París, despertando curiosidad (no era para menos) y simpatías generales. Solamente los otros sifones, los del sexo feo, no se mostraron muy conformes con la novedad y saludaron con pullas más o menos cocheriles a los... a las flamantes colegas.

Estas lucían en sus cabecitas el clásico sombrero charolado, distintivo de clase, y ceñían sus airosos bustos chaquetas azul marino adornadas con cintas.

Comprenderás, Carlos amigo, que esta novedad no es menos grata ni importante que la anteriormente mencionada.

Estos excelentes sujetos a quienes un *fiacro*, en Francia, y un simón, en España, legaran sus respectivos nombres de pila convirtiéndoles en comunes para designar a los aurigas de plaza, no suelen gozar de las mayores simpatías al brillar por la amabilidad y buenas formas.

Nadie piensa en los dolores reumáticos que generalmente *amenizan* la vejez de estos modestos servidores del público, en los rayos caniculares que los asan en verano, en los fríos invernales que los hielan, en la lluvia que los azota y en las mil y una penalidades de que son víctimas en el pescante, entre vaso de vino y *piropo* y *piropo* del transeúnte o del parroquiano; nada de esto se les estima como circunstancia atenuante y sólo se tiene en cuenta el desplante, el atropello, la marrullería... Cuando mozas barbianas se entronicen en el más alto puesto del *peselero*, la clase cambiará de aspecto y de reputación: y así como el malandrín se dejará prender a gustos por manos blancas, regodeándose quizá entre sus aprehensores, el tomar una *manuela* y contemplar, a tanto la hora, a la linda cochera (indudablemente el parroquiano la escogerá por el tipo, y no por el caballo o el vehículo, como hoy hacemos) será grato pasatiempo y hasta resultará agradable dejarse atropellar en determinadas ocasiones.

¡Cuántos enamoramientos nacerán al contacto de los cordeles policíacos y de los fustazos cocheriles!

Medita sobre ello, querido Carlos, y te convencerás de que el modernismo tiene sus ventajas ¿Qué vamos a hacer con los policías y cocheros cesantes? Ya veremos. Por de pronto podrían dedicarse a ocupar las vacantes que dejaran sus *sustitutas*, en calidad de niños, ribeteadores, peinadores, etc. ¿No te parece? Y del mismo modo que antaño cantaron anónimos romanceros

los hechos y aventuras de célebres bandidos, las gestas de los *faldados* polizontes y las de los automedontes femeninos las cantarán en su lenguaje estrafalario, que tú con mucho gracejo llamas *lengua mechada*, los glaucos rimadores.

Hay que romper los viejos moldes. A nuevos tiempos, nuevas costumbres. Todo se cambia, muda y trastrueca. Si los góticos castillos, las férreas armaduras y otras antiguallas merecían sonoras estrofas de endecasílabos, castizos romances y otras vulgaridades de la poética en complicidad con el léxico ramplón de nuestros Garcilasos y Ercillas; el feminismo invasor, que acaso no dará Gracos al mundo, los *quinverenciados* prerrafaelismos pictóricos y las sublimidades arquitectónicas que ríen de Fidias, de Praxíteles, de Sanzio, de Miguel Ángel y de todos los Parthenones habidos y por haber, necesitan almas de violeta que, mojando la pluma en extracto nenufárico, tracen renglones ideales repletos de novísimos vocablos y de extraordinario número de sílabas.

¿Concibes las sublimidades wagnerianas expresadas por afónico organillo de ciego? Imposible. Ellas necesitan del vibrante metal combinado con cuantos instrumentos sonoros inventó el mundo de la música. Pues lo mismo acontece con los rumbos que la sociedad emprende: los antiguos medios son pobres, son el asmático organillo inepto para interpretar las *Valquirias* o los *Nibelunjen* y se impone la necesidad de lo nuevo, de lo grandioso, en la expresión. Dirás que Homero, Virgilio, Dante y otros infelices que escribieron renglones cortos no se salieron de madre; argüirás que Cervantes, Quevedo y tales *prosadores*, que dedicaron algunos ocios a trazar renglones largos, no sacaron de quicio el habla castellana. Flojo argumento. Si el bueno de don Francisco, redivivo, tuviera que redactar su *Alguacil alguacilado*, estando en ejercicio la proyectada policía femenina de Gante, veríase apuradísimo, echaría mano de su *Callilatiniparia* y aún la calificaría de pobre. Desengáñate: nuestro lenguaje es al modernista lo que el clavicordio al Pleyel o al Erard, lo que el fusil al máuser; pero vamos para viejos, tenemos apego a las cosas rancias, porque diciéndolo con Jorge Manrique:

*... a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.*

Y nos resistimos a las innovaciones, como el buen pueblo madrileño a las que Esquilache quería imponerles en nombre del progreso.

Yo voy entrando por las nuevas vías; desde ahora declaro que voto por las hembras polizontes y por los cocheros hembras.

En cuanto a otros modernismos, lo iré pensando.

En lo de la *lengua mechada*, voto contigo, porque algo hemos de conceder a la tradición.

(“*Diario de Córdoba*”, número 17201, 13 de marzo de 1907).

9. RÁPIDO VERANEO

A Carlos Valverde

Por **Pedro ALCALÁ-ZAMORA ESTREMER**

Ya no recuerdo desde cuando –tantos meses han transcurrido, amigo Carlos, que la fecha se me ha olvidado- pero ello es que tuviste la bondad de dedicarme un artículo. Lo menos que yo podía hacer era *estar a la recíproca*, como el personaje de “*El Monaguillo*”. Mas ¡pobre de mí! Sin contar, naturalmente, esas cuartillas que te debo, he *pagado* un paquete de ellas que no bajará de 3.000 y *velay*. Ahora, que me he permitido el lujo de descansar quince días y la calaverada de emplear esta quincena en una expedición veraniega, aprovecho algunos ratos para darte cuenta de *una porción* de cosas.

Barcelona, con su ruido y su agitación de gran urbe, me ha aturdido, como al pobre aldeano que desde la quietud de su lugar se lanzara al bullicio de la Ciudad de los Condes. Allá, en la *roqueta* menorquina, disfruto de envidiable sosiego, como conviene a mis padecidos nervios y a mi no menos cansado espíritu; en Barcelona se me hace insoportable la muchedumbre que dificulta el andar, me molestan los tranvías, automóviles, coches, carros y demás máquinas de producir ruido y atropellar transeúntes, porque me obligan a salir de mi habitual descuido y además me aturden y marean. ¡Con cuánto placer pisé la cubierta del *Cabañal* el miércoles por la noche!

El jueves por la mañana me levanté temprano, como conviene a bordo, y después del indispensable desayuno salí de la cámara a respirar con fruición los puros aires del mar. El *Cabañal* hendía su quilla en una mar azul, del azul que sólo se ve en el histórico Mediterráneo, y llevaba un andar de diez nudos.

Por la banda de estribor se dibujaba la hermosa costa valenciana, que es un encanto, y ante la proa, como queriendo morder la roda, veíase retozar a los alegres y simpáticos delfines. Numerosas barcas pescadoras, al aire la blanca vela triangular, navegaban con distinto rumbo en el ancho espacio comprendido entre nuestro barco y la pintoresca costa; de vez en cuando, veleros y vapores cruzaban a babor, a pocas brazas, dejando en el mar la estela y en el aire una nube de negro humo.

Después de almorzar, hacer unas *instantáneas* y conversar un rato con el amable simpático capitán del *Cabañal*, don Matías Lloret, me arrellané en cómoda butaca, a la sombra de la toldilla, y me entregué a la lectura de la *Tercera descarga de Mosquetazos* del terrible mosquetero Juan Ocaña. ¿Lo has leído? ¿No? Pues léela.

Juan Ocaña tiene la gracia por arrobos: empezando por la original dedicatoria y el saladísimo *Prólogo*, debido a la pluma de *El Propio Cosechero*, y acabando por la *Nota de pequeñas erratas*, el libro no desmiente la procedencia ni tiene desperdicio.

En él hallarás versos y prosa amenos, muy amenos, que harán asomar la sonrisa a tus labios y aún brotar, de cuando en cuando, la franca carcajada *che fa sangue*, como dicen, con muchísima razón, los italianos; ante la risotada espontánea *palidecen* todos los potingues de la farmacopea; nada hay que

conservar la salud como el reír. Y los *Mosquetazos* de mi amigo Juanito harían reír a un serio profesional de los que confían su personal importancia a la inalterable gravedad que, dicho sea de paso, me parece más cómica que muchos chistes del triunfante *género chico*.

En el fondo de cada *mosquetazo* encontrarás un sagaz espíritu de observación y una sátira fina, suave, sana, que no ofende; como puedes ver, por ejemplo, en *Los diplomas*, en el *Termómetro social* y en otras muchas composiciones. *El agasajillo* y *Quién es el juez* (sainete) son cuadros vivitos y coleando, que revelan al autor dramático. Porque has de saber que Ocaña ha escrito algo más que *mosquetazos*, y entre ese *algo más* figura *El grito de independencia*, drama histórico en tres actos y en verso, del que el *Heraldo* y otros periódicos madrileños, de los que no prodigan alabanzas a los autores *provincianos*, han hecho grandes elogios recientemente, indicando la oportunidad de representarlo, con ocasión del centenario del Dos de Mayo; y hasta han asegurado rotundamente que el drama era muy digno de salir a luz en ocasión tan solemne.

Ocaña es, además, paciente rebuscador de documentos, como acreditó al publicar sus curiosos *Apuntes para la historia de la villa de Móstoles*, libro interesantísimo y repleto de datos, al que Enrique Redel le ha escrito un prólogo que me gusta mucho y que seguramente te habrá gustado también a ti, si no lo has leído: si no ha llegado a tus manos, te recomiendo que lo busques, persuadido de que me darás las gracias.

Pero observo que se me va el santo al cielo hablando del *terrible mosquetero*, a quien profeso sincera amistad, cuando quizá habrás saboreado antes que yo las obras que menciono. Mudemos de bisiesto.

Valencia con sus jardines paradisíacos, sus hermosas mujeres, sus obras de ensanche y urbanización y su soberbia banda de música, que puede competir con las mejores, no sólo de España, sino del extranjero, me hizo pasar horas deliciosas, que me parecieron muy breves, y formar el propósito de volver a la ciudad del Turia, cuando me sea posible, a disfrutar siquiera durante un mes de sus encantos.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, fondeaba el *Cabañal* en el puerto de Alicante y mi entusiasmo por esa costa valenciana subía de punto. Lo primero que se ofreció a mi vista fue el paseo de los Mártires, bosque de hermosas y espesas palmeras, más para visto que para descrito.

Alicante, en esta época, está animadísimo; los *botijos* organizados por el patriarca Mestre Martínez llegan un par de veces por semana abarrotados de alegres veraneantes madrileños, que por poco dinero abandonan el polvoriento y caluroso Madrid para disfrutar del grato y riente Alicante.

Ellos vienen a bañarse, a divertirse, a pasar alegremente unos días, y lo consiguen, ¡vaya si lo consiguen! Es verdad que difícilmente se encuentra alojamiento, porque la grey botijil lo ha invadido todo desde los primeros días; pero el modesto madrileño que reside en el delicioso poblachón manchego, como llamó no recuerdo cuál escritor notable al *castillo famoso*, puede vivir en un armario sin que amarguen su existencia la falta de aire y de holgura ni la obra de chinches.

Los balnearios se ven a toda hora llenos de gente, los paseos concurridísimos, los *cines* hacen su agosto y los cafés y fondas no tienen una silla disponible: casi hay que *tomar vez* para sentarse.

El bello sexo alicantino, tipo singular de indescriptible atractivo, es riquí-

simo en encantadores ejemplares, capaces de sacar de quicio a un cenobita; las garbosas madrileñas, con su soltura y sus lindos palmitos, se llevan de calle al más templado; y unas y otras en las calles, en los paseos, en los baños, en los teatros, en los cafés y en los *restaurants*, comiendo al aire libre, dan con sus caras hechiceras y sus *toilettes* de colores claros indefinible encanto a estos cuadros veraniegos.

¡Con cuánto gusto me habría quedado en Alicante hasta fines de septiembre! Pero ¡ay de mí!, las pícaras cuartillas me aguardaban en Mahón, la *tiranía* editorial no me permitía prolongar el veraneo, y la triste realidad, recordándome la necesidad de trabajar para vivir, me llevó al *Islaño*, que a las tres de la tarde zarpó con rumbo a Palma de Mallorca. Fue una de las pocas veces en que he pensado con pena en los dulces encantos del *dolce far niente*.

Las bonitas vista del El Terreno y de Porto Pi, que se extienden a la izquierda del puerto palmesano; el paseo del Borne, ameno y sombreado por corpudos árboles; las redondas caras y las provocativas curvas de las mallorquinas, que gozan merecida fama de belleza, no fueron parte a disipar la nostálgica melancolía producida en mi ánimo por la salida de Alicante.

A las seis de la tarde, previo nuevo trasbordo al *Monte-Toro*, navego con rumbo a Mahón, contándole mis impresiones a mi amigo Pepe Caldés. Encontré en Palma a éste, que llegaba después de seis meses y medio de navegación a vela por los mares americanos, y no tuvo más remedio que escuchar pacientemente mis lamentaciones; las cuales, probablemente, le parecerían más pesadas que las propias calmas tropicales a bordo de su velero. Pero ¡qué diablos! Yo necesitaba desahogar mi murria en un pecho amigo; y aproveché la ocasión.

Ahora, Pepe duerme, soñando quizá con la *lata* que le he dado, y yo emborrono estas cuartillas para pagarte mi deuda, querido Carlos, y darte cuenta de mi persona. Mas al llegar a este punto, pienso que las tales cuartillas quizá *resulten* una *lata* mayor que la impuesta a Caldés...

A bordo del "Monte-Toro". 21 agosto.

("Diario de Córdoba", número 17727, 30 de agosto de 1908).